

XXV Domingo del T. Ordinario A/2017

Las lecturas de este domingo hablan de la generosidad de Dios. Nos muestran que la liberalidad de Dios y su diligencia van más allá de los méritos humanos. Nos invitan a comprender que nuestra salvación es un don que recibimos de Dios y no algo que hemos ganado o que merecemos gracias a nuestros esfuerzos.

La primera lectura describe la invitación del profeta Isaías a Israel para que busquen al Señor cuando todavía es tiempo. Destaca en particular la petición de abandonar los caminos de pecado y se acojan a la piedad de Dios. El texto destaca también la distancia entre la forma de pensar de Dios y la manera de razonar de los seres humanos.

Lo que este texto nos enseña es que Dios es misericordioso. Hay también la idea de que la conversión es imperativa para la gente como una respuesta a la piedad de Dios. La última idea está relacionada con la certeza de que la manera de actuar de Dios es diferente de la de los seres humanos.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en qué Jesús compara el reino del cielo a un hacendado que contrata a sus trabajadores. La parábola comienza con la conversación de Jesús sobre un patrón que salió a horas diferentes del día para contratar algunos trabajadores para su viña. Nos cuenta del convenio que hizo con ellos sobre el salario que recibirían al final del día.

Entonces, el Evangelio nos informa sobre la protesta de los primeros trabajadores que recibieron el mismo sueldo que los que llegaron a la viña mas tarde. Después de esto, el Evangelio muestra la reacción del propietario de la viña quien, por su parte, protestó ya que no había actuado incorrectamente, puesto que respetó el acuerdo pactado entre ellos.

Finalmente, el Evangelio describe la argumentación del patrón quien declara que en su generosidad podía hacer con sus bienes como le plazca. El Evangelio termina con una advertencia de Jesús: “Los que son los primeros serán últimos y los últimos, primeros”.

Este Evangelio nos enseña mucho sobre la vida espiritual. Hoy, quiero hablar particularmente de la generosidad de Dios y su justicia. De hecho, vivimos en una sociedad en constante negocio en que la gente tiene el espíritu empresarial. En tal sociedad, a la gente se le considera según el trabajo que puede producir. Donde el espíritu está dominado por la necesidad de producir, allí se trata a la gente según los méritos de modo que uno es digno según lo que merezca.

Tal espíritu es muy importante en el sentido que emula la producción y, así, contribuye a la evolución de la sociedad. Sin embargo, la gente puede estar tan obsesionada con el espíritu mercantil que toman a Dios como compañero de negocio. En ese sentido, es fácil pensar que si realizamos ciertas actividades espirituales, satisfacemos con ellas a Dios de modo que el nos recompensa.

Esto es exactamente el punto que el Evangelio hace notar al denunciar la concepción de Dios que tenían los primeros trabajadores que llegaron a la viña. Tomaron a Dios como un socio de negocios que tenía que retribuirles con un mayor salario en comparación con los últimos que llegaron tarde a la viña.

Para Jesús, en efecto, Dios no es un socio de negocio a quien tenemos que reclamar el salario porque hemos trabajado mucho para él. En verdad, ante Dios, no hay nada que

podemos reclamar o justificar debido a nuestros méritos; hay sólo los dones que podemos recibir y por los cual debemos estar agradecidos.

En este sentido, lo que cuenta para Dios es la salvación de cada uno. No le importa si alguien ha comenzado a creer en el temprano o tardíamente. Lo que es importante es que la persona, aprovechando la misericordia de Dios y la oportunidad del tiempo que Dios le da, cambia su vida y se acerca a él. Al contratar los trabajadores a horas diferentes del día, Jesús quiere decir que su Padre insiste que la gente reciba la salvación en todo momento.

Esa insistencia de la parte de Dio es una de los cimientos del trabajo de la evangelización. Por eso, la cólera de los primeros participantes al trabajo es injustificable. Al contrario, deberían alegrarse que sus semejantes, que estaban alejados de Dios, se hayan acercado a él y a la salvación eterna.

Además, al pagar a todos los trabajadores el mismo salario, el propietario de la viña les está brindando el mismo trato. Él valora su trabajo, no es contado en términos de lo que habían realizado, pero en términos de lo que necesitaban por su salvación eterna. De esta manera, es claro que la justicia de Dios no hace una diferencia entre los primeros y los últimos trabajadores. Al contrario, Dios se alegra para la salvación de cada uno de sus niños que cambia su vida y abraza la fe. Por supuesto, en comparación con la lógica de nuestro mundo moderno, el propietario de la viña es injusto en la manera de tratar a los trabajadores.

Pero, esta lógica humana no se aplica a la realidad del reino de Dios. Lo que es detrás de nuestra lógica moderna es la ganancia de modo que cada uno recibe lo que es capaz de producir. Lo que cuenta en el reino de Dios, sin embargo, es la salvación. Como tal, la salvación no puede ser medida en términos de producción, pero en términos de necesidad y deseo por ser salvado.

Por eso, es importante que entendamos que la Iglesia no es un lugar de concurso y rivalidad. Nadie tiene el derecho de pensar que merece más porque él es el primero en alcanzar a la fe. Nadie es "el veterano" porque fue convertido a Cristo antes que otros. Somos iguales ante Dios. Del mismo modo, no hay ninguna razón que da la superioridad de los unos sobre los otros. Creo que esta por es la razón por la que el Evangelio termina con una advertencia, es decir, que los primeros serán últimos y los últimos, serán primeros.

Esta advertencia abre nuestros ojos a la realidad del reino de Dios que no contiene privilegio de modo que unos sean superiores a otros porque han llegado a la fe tempranamente. Lo que es necesario para todos los trabajadores en la viña es la perseverancia. Tenemos todos que perseverar en nuestros compromisos cristianos y nuestra fe. No deberíamos malgastar las oportunidades que Dios nos da a fin de cambiar y acércanos a él. Llegar tempranamente a la fe, no es un signo de garantía para recibir la salvación. La garantía está en la fidelidad a Dios y al esfuerzo para hacer su voluntad. Oremos porque Dios nos ayude a ser fieles a él hasta el final. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Isaías 55, 6-9; Filipenses 1, 20-24, 27; Mateo 20, 1-16

Fecha de la Homilía: el 24 de Septiembre 2017

© 2017 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20150924homilia.pdf